

LA BUENAVENTURA

EL DUQUE DE RIVAS

Freeditorial 

Romance Primero

La cita

Era en punto medianoche,
y reinaba hondo silencio
de Medellín en la villa,
sumergida en dulce sueño.
Desde un trono de celajes 5
nacarados y ligeros,
cándida, apacible luna
brillaba en el firmamento;
sobre el pardo caserío
derramando sus reflejos, 10
como sobre los sepulcros
de un tranquilo cementerio.
Y en una desierta calle,
donde sus claros destellos
una mitad alumbraban, 15
la otra en sombras confundiendo,
estaba en la parte oscura,
receloso y encubierto,
un noble joven, gallardo,
no muy alto, aunque bien hecho. 20
Ropón y loba vestía,
el uno y el otro negros,
traje propio de que usaban
escolares de aquel tiempo.
De su cintura pendía 25
una espada de Toledo,
y un laúd, con ambas manos,
apretaba contra el pecho.
Los ojos no separaba,
vivos, rasgados, de fuego, 30
lumbreras de un lindo rostro,
vivaz, gracioso, moreno,
de las cercanas paredes
de un edificio frontero,

en cuyos sillares blancos 35
daba la luna de lleno,
descubriendo tres balcones
con barandales de hierro,
debajo dos rejas grandes,
no muy lejanas del suelo; 40
y cerrada una ancha puerta,
sobre la que tiene asiento
un noble escudo de mármol,
guarnecido de arabescos.
* * *

La anchura de aquella calle, 45
en realidad corto trecho,
era espacioso teatro,
mejor diré, campo inmenso
de fantásticas escenas,
de mil extraños sucesos, 50
indecisos y confusos
como figuras de un sueño,
que claramente veía
la imaginación de fuego
y la mente arrebatada 55
de aquel gallardo mancebo.
De Salamanca las ciencias,
los doctores y los ergos,
que atrás deja, ve delante
y su pobre hogar a un tiempo. 60
Y ve los campos de Italia,
aunque nunca estuvo en ellos;
mas a do quiere ausentarse,
de ambición de gloria lleno;
y ya se juzga soldado, 65
y ya se halla en los encuentros,
y mira reyes cautivos,
y ve ejércitos deshechos,
y naciones conquistadas,
y a sus pies tronos y cetros, 70
montes de oro y de laureles,
anchos mares, mundos nuevos;
y todo lo ve, que todo
cuanto abraza el pensamiento

lo ven, y lo ven palpable 75
las almas de privilegio.

* * *

Mas de todo cuanto mira
como en borrosos bosquejos,
como las mudables formas
de nubes que rompe el viento, 80
es el primer personaje,
es el más distinto objeto,
es reina y reguladora

y sol de sus pensamientos,
la modesta doña Elvira, 85
de Medellín embeleso,
y a quien guardan las paredes
do los ojos tiene puestos.

Para ella sueña sus glorias,
para ella anhela trofeos, 90
para ella quiere tesoros
que está enamorado ciego.

Y sin los lauros y bienes
que no quiso darle el cielo,
no puede con ella unirse, 95
que es pobre, aunque caballero.

También teme a un poderoso
rival, ignorante y necio;
pero que ganó en la guerra
tesoros e ilustres premios. 100

El que al padre de su amada,
codicioso, como viejo,
con sus riquezas y honores
tiene cautivado el seso.

Mas en vano teme el joven: 105
es de doña Elvira dueño,
pues esperándole, inquieta,
aún está fuera del lecho.

Y en cuanto la seña escuche,
saldrá, su cita cumpliendo, 110
a ofrecerle ser su esposa
y a jurarle amor eterno.

Romance Segundo

Las cuchilladas

Diz que en cuanto el gallo canta
desparecen de improviso
los aquelarres de brujas, 115
los fantasmas y vestiglos;
así desaparecieron
las escenas o delirios
a que la mente del joven
daba vida en aquel sitio, 120
de un gallo al sonoro canto,
que al momento repetido
por otros, que parecían
los ecos de aquel recinto,
al soñador recordaron 125
que allí tan sólo ha venido,
de un «adiós» tierno de amante
a padecer el martirio,
a exigir una palabra,
y a ofrecer un plazo fijo, 130
que con segura esperanza
le dé aliento en los peligros.

* * *

Vuelto en sí, pulsa las cuerdas,
y a sus acentos sentidos
canta una letra amorosa, 135
con tono dulce y sumiso.
Al punto, cual si el acento
que dio vida y regocijo
a las auras de la noche
fuera conjuro o hechizo, 140
de una reja las maderas
ábrese en el edificio
que el mancebo contemplaba,
y queda un cuadro sombrío,
do aparece un bulto blanco, 145

cuyos contornos divinos
resaltaban en lo oscuro,
por la luna esclarecidos.
El amante la guitarra
suelta y, fuera de sí mismo, 150
corre a la dorada reja,
abraza los hierros fríos,
y en una mano de nieve,
que uno de ellos tiene asido
estampa labios de fuego, 155
por la pasión encendidos.

* * *

Balbuente, temeroso,
como enamorado fino,
que ser amor elocuente
de ser falso es claro indicio, 160
iba a pedir que dos años
le conserven fe y cariño,
que en ellos ganar espera
pingüe estado y nombre digno.
Cuando (siempre los amantes 165
han de tener enemigos
que en los mejores momentos
truequen la dicha en martirio),
cuando a lo lejos resuena
un alarmante ruido, 170
que a los dos enamorados
sobresalta de improviso:
«Retírate -dice el joven-;
quede tu decoro limpio,
que yo tornaré a tus plantas 175
sin importunos testigos.»
«Nada temas; seré tuya»,
entre sollozos le dijo
su amada, y cerró la reja,
dejando abierto un resquicio. 180
Quiere el mancebo alejarse,
mas no puede sin ser visto,
y no es hombre que la espalda
sabe volver al peligro.
Tres bultos mira en la calle 185

que a él dirigen su camino,
 a dos quedarse ve luego
 en no muy distante sitio,
 y al tercero aproximarse
 a paso largo y altivo, 190
 resplandeciendo la luna
 en su pomposo atavío.
 Al comendador conoce,
 que volvió de Italia rico,
 y que a su Elvira pretende 195
 con impertinente ahínco.
 Mucho celebra el encuentro,
 y solo le pesa el sitio;
 pero, ya arrestado a todo
 le espera firme y tranquilo. 200
 * * *

El comendador le dice,
 a diez pasos, dando un grito:
 «Retiraos de aquí, estudiante,
 o mi espada os hará añicos.»
 «Otra tengo yo en la mano, 205
 que a ese insulto dé castigo»,
 dice el mancebo, y se arroja
 como rayo desprendido
 de las nubes. Los aceros 210
 relampaguean, y vivo
 arde el combate, lidiando
 sin hablar, cual bien nacidos.
 De un leve rasguño tiene
 el joven su rostro herido;
 del contrario el pecho, roto, 215
 lanza ya de sangre un río;
 y perdiendo va terreno,
 vacilante, cuando un silbo
 da, y vienen espada en mano
 los otros dos a su auxilio. 220
 El joven, como valiente,
 desprecia a los asesinos,
 y dejando ya en la tierra
 al comendador tendido,
 carga a los dos y los hiere, 225

y los pone en tal conflicto,
que, rápidos como el viento,
buscan en la fuga asilo.
El vencedor reconoce
de su victoria el peligro, 230
y a su casa se retira
pobre solar, aunque antiguo,
y que también noble escudo
ostenta en el frontispicio
de la puerta, de que lleva 235
la llave falsa consigo.

* * *

A don Martín, su buen padre,
anciano de hidalgo brío,
encuentra sobresaltado,
receloso y discursivo, 240
que del mancebo en la mano
viendo el hierro en sangre tinto:
«¿Qué has hecho, Hernando?», le dice,
y contéstale su hijo:
«Al comendador he muerto, 245
dando a un insulto castigo,
que el honor que tú me diste
ha de estar como el sol, limpio.»
«¡Válgame el cielo! -prorrumpe
el noble anciano-. Preciso, 250
aunque, Hernando, yo no dudo
que con razón has reñido,
»es el ponernos en salvo,
que es inminente el peligro,
siendo poderoso el muerto 255
y nosotros desvalidos.»
«Partiré al momento a Italia,
cual estaba decidido»,
dice Hernando; mas el padre,
prudente, responde: -«Hijo, 260
»de las glorias de la Italia
ya te has cerrado el camino;
el comendador en ella
del rey ha estado al servicio;
»del ínclito don Gonzalo 265

era deudo y favorito,
y allá ha dejado parientes
con honra y con poderío.»
«Pues a las Indias -el joven
dice- a marchar me decido.» 270
Y algo extraordinario y grande
brilló en su rostro al decirlo.

Romance Tercero

El embarco

En la iglesia de San Pedro,
una de las más antiguas
entre las muchas insignes 275
de la opulenta Sevilla,
a las seis de la mañana
se está diciendo una misa,
porque Dios dé buen viaje
a un joven que va a las Indias. 280
Es el gallardo extremeño
a quien hace quince días
que de Medellín, su patria,
arrojó su valentía,
y que, en una gruesa nave, 285
debe aquella tarde misma
despedirse de la Europa
a buscar remotos climas.
Y con don Martín, su padre,
junto al altar, de rodillas, 290
a San Pedro se encomienda
y al cielo le pide dicha;
en el traje de soldado
mostrando tal gallardía,
que del devoto concurso 295
tiene la atención cautiva.
Terminado el sacrificio
recibe la Eucaristía,

resplandeciendo en su rostro
el entusiasmo y fe viva. 300

* * *

Vuelve a la humilde posada
que era en la Borcinería,
hostelaje de un morisco,
estancia pobre y mezquina.

Y así le dijo su padre, 305
cuyas áridas mejillas,

lágrimas de desconsuelo
quemaban y humedecían:
«Hernando, Hernando, hijo mío,

a tierras lejanas vas, 310
donde nunca olvidarás
de mi noble sangre el brío.

»Cual cristiano y caballero,
teme a Dios, guarda su ley,
sirve con lealtad al rey, 315
sé devoto y sé guerrero.

»Nunca des a la codicia
en tu hidalgo pecho entrada,
flaqueza vil que degrada
el cuerpo y el alma vicia. 320

»Sé a tus cabos obediente,
afable a tus compañeros,
y, sin bravatas ni fieros,
en el peligro valiente.

»En los trabajos sufrido, 325
moderado en la ventura,
con generosa cordura,
no estés vano ni abatido.

»Del malo te apartarás,
únete siempre a los buenos, 330
que si no ganas, al menos,
con ellos no perderás.

»Si llegas a obtener mando,
manda con moderación;
pero solo, y con tesón 335
hazte obedecer, Hernando.

»Que al que manda descortés,
o por ajena influencia,

o no exige la obediencia,
para el mando inútil es. 340
»Tolera, disimulado,
aunque te haga padecer,
agravio que no ha de ser
plenamente castigado.
»Reparte con discreción 345
la recompensa y castigo,
y al derrotado enemigo
trata con moderación.
»Resuelve con madurez;
mas resuelto, nada ataje 350
la ejecución, aventaje
al rayo en su rapidez.
»La santa fe que profesas
extender, y de tu rey
los dominios, sea la ley, 355
Hernando, de tus empresas,
»Y no tengas duda alguna
de que si lo haces así,
siempre irán en pos de ti
la victoria y la fortuna. 360
»De tu noble inclinación
mucho espero, mucho fío;
basta: abrázame, hijo mío;
recibe mi bendición.»
La escena tierna y sublime, 365
dolorosa despedida,
que pasó entre el hijo y padre
no es posible describirla.
De momentos tan solemnes
los afectos de familia, 370
los pensamientos y penas
se sienten, mas no se pintan.
* * *
Al fin, como breve sueño,
pasó rápido aquel día;
los tristes y los alegres 375
al mismo paso caminan.
El sol entre nubes de oro,
de un cadáver comitiva,

a la tumba del ocaso
con majestad descendía. 380
Cuando la pieza de leva
dio el trueno de la partida,
del Guadalquivir soberbio
retumbando en las orillas,
ya del arenal la puerta 385
el padre y el hijo pisan,
y hacia la Torre del Oro
mudos de dolor caminan.
* * *

Magnífica era la escena,
soberbia la perspectiva 390
espectáculo grandioso
el que deslumbró su vista:
cubierto el río de naves
de mil naciones amigas,
con flámulas, gallardetes, 395
banderolas y divisas,
donde espléndidos colores
con el sol poniente brillan,
donde se mecen las auras,
donde retozan las brisas. 400
Ambas márgenes cubiertas
de cuanto la Europa cría,
de cuanto el arte produce,
de cuanto ansía la codicia.
De armas, víveres, aprestos, 405
fardos, cajones y pipas,
de extraordinarias riquezas,
de varias mercaderías.
Y en las naves y las barcas,
en los muelles y marismas 410
y en arenal, alameda,
muro, almacenes, garitas,
un enjambre de vivientes
de todos reinos y climas,
de todos sexos y clases, 415
de todas fisonomías.
Del grande español imperio
hombre de todas provincias,

y de todas las naciones
que la Europa sabia habitan: 420
moros, moriscos y griegos,
egipcios, israelitas,
negros, blancos, viejos, mozos,
hablando lenguas distintas.
Mercaderes, marineros, 425
soldados, guardas, espías,
alguaciles, galeotes,
canónigos y sopistas,
caballeros, capitanes,
frailes legos y de misa, 430
charlatanes, valentones,
rateros, mozas perdidas,
mendigos, músicos, bravos,
quincalleros y cambistas,
galanes, ilustres damas, 435
gitanas, rufianes, tías.
Todo bullicio tan grande,
tan extraña algarabía
tal confusión de colores,
tal movimiento y tal vida, 440
ofreciendo bajo un cielo
como el cielo de Sevilla,
que era un pasmo de la mente,
un cuadro de hechicería.
* * *

Tras de la Torre del Oro, 445
mientras don Martín activa
el embarco, maldiciendo
gabelas y socaliñas,
Hernando sueña despierto,
y pensando en Doña Elvira, 450
embebido en lo pasado,
presente y futuro olvida.
Llamó su atención de pronto
una voz agria y ronquilla,
que le dice: «Caballero, 455
por Dios, una limosnita.»
Vuelve en sí, sobresaltado,
y delante de sí mira

una miserable vieja
 de extraña fisonomía. 460
 Un rostro innoble y siniestro,
 seco, como de ceniza,
 con dos penetrantes ojos
 de fuego que muere chispas,
 descubre entre sucias tocas 465
 que rojo manto cobija,
 sobre un traje de anascote,
 hecho a desgarrones tiras.
 Y en el todo de aquel ente
 algo raro se veía, 470
 reunión de astucia, ignorancia,
 imbecilidad, malicia.
 Para darle algún socorro
 en la escarcela registra,
 y mientras le da un cornado 475
 dice la bruja ladina:
 «¡Qué lindo y gallardo joven!
 Si se embarca para Indias,
 la buenaventura puedo
 decirle, que sé decirla.» 480
 Hay en la vida momentos
 que la mitad de la vida
 por columbrar lo futuro
 se diera con alegría.
 Y Hernando, aunque con desprecio, 485
 contempla aquella estantigua,
 la mano diestra le ofrece
 puesta la palma hacia arriba.
 * * *
 La vejezuela la toma,
 un momento la examina, 490
 y ora las cejas arquea,
 ora amaga una sonrisa;
 y, al fin, se estremece, tiembla,
 echa fuego por la vista,
 y «¡Qué estoy mirando, cielos!», 495
 cual energúmeno grita.
 Expresión rara y terrible
 su muerto semblante anima;

crece, y convulsa le crujen
 los huesos y las canillas. 500
 Y «¡Oh mancebo generoso!
 -exclamó-. ¡Qué de inauditas
 glorias y hazañas te esperan!
 ¡Qué de triunfos en las Indias!
 »Tiembla el infierno; ¡tu espada 505
 cuántos tributos le quita!
 Ve ufano... De contemplarte
 el cielo se regocija...
 »Emperadores y reyes
 te doblarán la rodilla; 510
 cual prodigios, cual portentos
 verá el mundo tus conquistas.
 »Tu huella hundirá naciones
 las más guerreras y ricas,
 como del pastor la huella 515
 hunde vivares de hormigas.
 »Con montes de oro y laureles
 los astros allá te brindan.
 Eterno será tu nombre,
 inmortales tus fatigas. 520
 »Vuela; el sol del Nuevo Mundo
 serás...» No pudo sufrirla
 el joven tiempo más largo,
 juzgando la retahíla,
 cosa a todo aventurero 525
 por aquella bruja dicha
 para sacar recompensa
 más abundante y opima;
 y la interrumpe, y le dice:
 «Sólo quiero que me digas 530
 si seré tan venturoso
 que regrese a estas orillas.»
 Quedó suspensa la vieja,
 muda, en él los ojos fija,
 pero apagados; su rostro 535
 se seca, se desanima;
 y con expresión siniestra
 de una sardónica risa:
 «Volverás, sí -le responde-;

que volver es tu desdicha; 540
 »Volverás..., sí, de seguro...
 El sol se va y vuelve... Mira...»
 Y con una enjuta mano
 y un dedo, que parecía
 el de la terrible muerte, 545
 en rara actitud le indica
 a Castilleja, por donde
 el rojo sol se escondía.
 * * *
 El joven a Castilleja
 torna de pronto la vista, 550
 como obediente al mandato
 de la mano imperativa;
 Y ve que una parda nube
 que imitaba las cortinas
 de un rico dosel tomaba, 555
 por el ambiente movida,
 de un gran féretro la forma
 circundado de amarillas
 candelas, y en cuyo seno
 del sol el cadáver iba. 560
 Vago terror siente Hernando;
 los cabellos se le erizan,
 y por algunos momentos,
 hecho mármol, ni aún respira.
 La mano del tierno padre, 565
 su voz grata y sus caricias,
 diciendo: «Llegó la hora,
 vamos, y Dios te bendiga»,
 le tornan en sí; anheloso
 a la bruja o pitonisa 570
 busca, mas la busca en vano:
 desaparecido había.
 Acaso entre aquella turba,
 do era imposible seguirla,
 otras limosnas demanda, 575
 otros casos pronostica.
 Se abrazan al pie del muelle
 el padre y el hijo; pisa
 éste la ligera lancha,

que al punto huye de la orilla. 580
Llega a la nave; la nave
trinquetes y gaviás iza,
y corta pomposa el río
entre universales vivas.

Romance Cuarto

Conclusión

Este Hernando, este mancebo 585
era Hernán Cortés; su nombre,
gloria la mayor de España,
asombro y pasmo del orbe,
lo dice todo. Un imperio
de cien guerreras naciones 590
descubrió, y rindió su lanza
con seiscientos españoles.
Vuelto a la patria, por premio,
ingratas persecuciones
su corazón destrozaron, 595
rompieron su pecho noble.
Y aquí, en Castilleja, lleno
de desengaños atroces,
rindió a su Criador el alma
que tan grande concedióle, 600
sin que después haya visto
el absorto mundo un hombre,
que de Hernán Cortés al lado
la Historia, imparcial, coloque.